

de mayo, 1644). La plaza con aquel socorro se sostuvo por mas de cuatro meses, hasta que la falta de víveres la obligó á capitular (6 de agosto). Al dia siguiente entró el rey en Lérida en medio de aclamaciones y como en triunfo. Hacia mucho tiempo que no tremolaban victoriosas las banderas de Castilla por aquella parte. Juró el rey respetar sus fueros y los de toda la provincia, y asi ademas del inmediato fruto de la toma de Lérida, de la reanimacion del espíritu del pais y del ejército, produjo tambien el de hacer venir á la obediencia poblaciones de la importancia de Solsona, Ager y Agramunt.

Lástima grande fué que don Felipe de Silva, que bajo tan felices auspicios habia comenzado la guerra de Cataluña, se negára noblemente á continuar en el mando, con razon resentido de ciertas desconfianzas que en el ánimo del monarca no habia cesado de sembrar contra él el conde de Monterrey que le acompañaba, y era de los pocos amigos del conde-duque que habian acertado á conservar el favor real. No fué posible vencer la delicadeza y quebrantar la resolucion del pundonoroso portugués, y dióse el mando del ejército al italiano don Andrea Cantelmo, uno de los del consejo de gobierno en Flandes despues de la muerte del cardenal infante don Fernando; hombre leal y de buenas prendas, pero no de gran fama como guerrero.

Deseoso el francés de vengar los descalabros de

Monzon y de Lérida, juntó cuanta gente pudo, y con doce mil hombres y gran tren de artillería se puso sobre Tarragona, en combinacion con el mariscal de Brezé, que se encargó de cerrar con su escuadra la boca del puerto. Gobernaba á Tarragona, despues de la muerte del marqués de Hinojosa, conde de Aguilar, y de don Juan de Arce que le reemplazó y murió tambien, el marqués de Toralto, lugarteniente que habia sido del marqués de Pobar, y de los que habian sido llevados prisioneros á Francia despues de la lastimosa catástrofe de aquel ejército. La plaza fué embestida con gran furia el 18 de agosto, pero todos los ataques eran rechazados con gran pérdida de franceses. En mes y medio hizo el de la Motte disparar contra la plaza mas de siete mil cañonazos; dióle trece asaltos, en algunos de los cuales logró apoderarse de varios puntos fuertes, pero veia que los fosos se llenaban de cadáveres de los suyos. Y últimamente teniendo noticia de que se dirigia Cantelmo con su ejército en socorro de la ciudad, levantó el cerco y se retiró con la ignominia de haber perdido tres mil hombres inutilmente (3 de octubre, 1644). Asi debió mirarlo la corte de Francia, cuando de sus resultas fué el conde de la Motte relevado de su empleo, y llamado para que diese cuenta del estado de Cataluña (1).

Motivo bien triste obligó á este tiempo al rey don

(1) Vivanco: Hist. MS. de Fe- Cataluña, lib. VIII.
tipe IV. lib. XIII.—Tió: Guerra de

Felipe á retirarse precipitadamente de Aragon y volverse á Madrid, cuando las cosas de Cataluña iban marchando con cierta prosperidad desacostumbrada. La reina doña Isabel de Borbon habia fallecido el 6 de octubre, con sentimiento y llanto universal de toda la monarquía, que cabalmente en los últimos años se habian ofrecido á los españoles muchas mas ocasiones que cuando habia estado oprimida por el ministro favorito de su esposo, para conocer las grandes prendas que adornaban aquella princesa, y la habian hecho acreedora al reconocimiento y á la estimacion pública. Hiciéronsele los honores fúnebres con la magnificencia que correspondia, y habiendo pasado el rey algun tiempo en el Pardo y en el Buen Retiro entregado al dolor de tan sensible pérdida, dedicóse despues á preparar lo necesario para la campaña del año siguiente en Cataluña.

Salió pues el rey otra vez para Zaragoza luego que llegó la primavera (11 de marzo, 1645). Quiso tener cerca de sí á don Felipe de Silva para valerse de sus consejos; pero los mejores generales se mostraban resentidos de ciertas preferencias que dispensaba á funestos consejeros, restos y como herencia del antiguo favoritismo. El marqués de Villafranca solicitó retirarse á sus estados de Fernandina en el reino de Nápoles: nególe el rey el permiso, pero al cabo el mando de las galeras que aquél tenia se dió á don Melchor de Borja, á quien hubo que quitársele al po-

co tiempo, y entonces se confirió al marqués de Liñares, ilustre portugués que habia sido virey en la India.

Comenzó mal, para no concluir bien, este año la campaña de Cataluña. La reina regente de Francia habia nombrado virey de esta provincia al conde de Harcourt, bien conocido en las guerras de Italia. Vino el de Harcourt con mas de doce mil hombres y buen tren de artillería, resuelto á tomar la plaza de Rosas, que abria la comunicacion entre el Rosellon y Cataluña. Encomendó esta empresa al conde de Plesis-Praslin, mientras una escuadra la bloqueaba por mar. La plaza fué embestida (22 de abril), sin que fuera fácil á nuestras tropas socorrerla desde Lérida. Defendíala don Diego Caballero con tres mil infantes y trescientos caballos, el cual la sostuvo por mas de dos meses, pero al fin capituló su entrega teniendo elementos para resistir todavía mucho tiempo. Atribuyósele de público haber obrado asi por motivos poco honrosos y honestos; y algun fundamento debió tener el cargo, cuando despues fué preso en Valencia, entregado á las justicias de Castilla y conducido á la cárcel de Corte de Madrid.

El de Harcourt, que habia seguido internándose en el Principado, atacó nuestro ejército cerca de Balaguer; nuestras tropas se dispersaron vergonzosamente huyendo por bosques y desfiladeros, y cercado el francés la ciudad la rindió sin mucha resistencia.

Tal vez no habría parado hasta franquear la frontera de Aragón, á no haber tenido que retroceder á Barcelona para sofocar una conspiración que allí se había formado con el designio de entregar la ciudad á los españoles. Todos los conjurados fueron presos y ajusticiados, á escepcion de la baronesa de Albes, que no obstante ser la que estaba al frente de la conspiración, fué la que alcanzó mas indulgencia, por motivos que la política encubrió, pero que la malicia achacó, tal vez no sin fundamento, á influencia de su hermosura.

Fueron pues muy de caída para España en este año de 45 las cosas de Cataluña. El rey, que en 11 de agosto había convocado córtes aragonesas para el 20 de setiembre, permaneció en Zaragoza hasta el 3 de noviembre en que se disolvieron. En ellas, y este era su principal objeto, se reconoció y juró como heredero del trono al príncipe don Baltasar, su hijo único, que á su vez juró guardar y hacer guardar las leyes del reino (1). Despues pasó á Valencia, donde había convocado también (18 de agosto) córtes de valencianos con el propio objeto. Juróse igualmente en ellas al príncipe don Baltasar Cárlos (13 de no-

(1) Hiciéronse también en estas córtes fueros, que se imprimieron con este título: «Fueros y actos de córte del reino de Aragón, hechos por la S. C. Md. del rey don Felipe, nuestro señor, en las córtes convocadas y fenecidas en la ciudad de Zaragoza en los años 1645 y 1646.»—Zaragoza, 1647, un tomo en fol.—En el Códice de la Biblioteca Nacional, S. 100, se hallan extractos del registro de estas córtes, y varios papeles relativos á ellas, algunos originales.

viembre), y concluidas que fueron (4 de diciembre), regresó el rey á Madrid (1).

En Valencia había convocado también córtes de Castilla (2 de diciembre, 1645) para el 15 de enero del año siguiente en Madrid. Abriéronse estas el 22 de febrero (1646). Los apuros para continuar tantas guerras como había pendientes eran tan grandes, que en medio de la penuria general los procuradores no pudieron menos de votarle algunos subsidios, bien que paulatinos y pequeños, porque otra cosa el estado de los pueblos no permitía (2).

A pesar de los desfavorables recuerdos que el marqués de Leganés había dejado en Cataluña y de la prision que por ello había sufrido, habiendo muerto los dos últimos generales Silva y Cantelmo, nombróse otra vez el rey don Felipe virey y capitán general del Principado. Que harto se le conocía estar otra vez dominado por los favorecidos del antiguo valido Olivares, no obstante haber dejado ya éste de existir (3),

(1) El proceso de estas córtes, que son las últimas de aquel reino, se halla en el archivo del mismo. Al final se encuentran los fueros que se hicieron también en ellas. El señor Cánovas supone equivocadamente haberse celebrado unas y otras córtes y hecho el juramento del príncipe en el año anterior de 1644.

(2) En 11 de abril de 1646 le fué otorgado 1.460,000 ducados en plata, pagaderos en seis mesadas. En 3 de enero de 47 (porque estas duraron hasta el 28 de febrero de este año) le hizo el reino escritura prorogando los servicios de los nueve millones en plata y estension de la alcabala hasta fin del año 50. Y en 21 de febrero de 47 se dió á S. M. consentimiento para que pudiera vender 130,000 ducados de rentas sobre el segundo uno por ciento en lo vendible, y se prorogó el servicio de los 300,000 ducados, mitad plata, mitad vellón.—Archivo de la suprimida cámara de Castilla, tomo señalado «Córtes, 26.»

(3) Murió, como hemos apun-

y principalmente por don Luis de Haro, su sobrino, hijo del marqués del Carpio, que con gran disgusto habia reemplazado en la privanza al de Olivares su tío. En tanto que el de Leganés se preparaba para la campaña, salió el rey otra vez de Madrid (14 de abril, 1646), dirigiéndose á Pamplona, con objeto de hacer jurar tambien en las córtes de Navarra al príncipe don Baltasar Cárlos, lo cual parecia tener entonces embargado todo su pensamiento, y así se verificó en 25 de mayo siguiente (1).

Tuvo el marqués de Leganés la fortuna y la habilidad de lograr en la campaña de este año un triunfo que hizo olvidar en gran parte las malas impresiones de su desgracia anterior. Tenia el de Harcourt circunvalada la ciudad de Lérida; habíase atrincherado fuertemente en su campamento: seis meses llevaba ya el francés sobre la plaza; la miseria y el hambre apretaban á la guarnicion, y el marqués de Leganés no parecia á redimirla, siendo en tan largo trascurso de tiempo objeto de desconfianza y de murmuracion. Pero un dia, fingiendo una retirada y haciendo dar á sus tropas un largo rodeo por unos desfiladeros, cayó de improviso sobre las descuidadas líneas francesas, las rompió y derrotó, causando tal espanto y desórden al enemigo, que hubo de retirarse con gran pérdida. Ya las

(1) Yanguas: Adiciones al diccionario de Antigüedades de Navarra, pág. 316.

(1) Yanguas: Adiciones al dic-

molestias y fatigas del sitio habian mermado bastante el ejército de Harcourt, de suerte, que de veinte y dos mil hombres que contaba cuando comenzó el cerco, apenas en la retirada llevaba catorce mil (1).

Después de esta gloriosa espedicion, con que logró el de Leganés rehabilitar su fama, volvió el rey á Zaragoza. Allí tuvo el sentimiento de ver enfermar y morir al príncipe Baltasar Cárlos (9 de octubre 1646), á quien acababa de llevar de reino en reino para hacerle reconocer heredero de su trono. No solo al monarca, sino á la nacion toda, causó gran pena la prematura muerte del príncipe, siendo como era el único heredero varon. Volvióse Felipe á Madrid, donde se consoló de su afliccion mas pronto de lo que era de esperar, y de lo que exigian los sentimientos de padre y de rey.

Que ya por este tiempo el rey habia vuelto desgraciadamente á sus antiguas costumbres. Entregado á don Luis de Haro como antes al conde-duque de Olivares, y sustituida una por otra privanza, pesábanle otra vez los negocios, y abandonando aquel buen propósito que tanta satisfaccion causaba al reino de despachar por sí mismo con sus secretarios, dió en fiarlos como antes á su primer ministro para entregarse, como en otro tiempo, á los pasatiempos y diver-

(1) Vivanco: Hist. MS. de Felipe IV., lib. XV.—Tió: Guerra de Cataluña, lib. VIII.—Limiers: Hist. del reinado de Luis XIV., lib. I.

siones. Pues si bien despues de la muerte de la reina pareció dominado de cierta melancolía y se prohibieron las comedias que no fuesen de vidas y hechos de santos, al mismo tiempo que se concedia licencia para fiestas de toros, duró poco el recogimiento, y mal pudieron reformarse las costumbres del pueblo cuando tan pasagera habia sido la reforma de las del rey. No haríamos ni siquiera esta indicacion, reservando esta materia para otro lugar, si no le viéramos ya mas distraido en recreos que inclinado á hacer la jornada de la campaña de este año de 47, como en los anteriores, si él mismo no hiciera en este tiempo como un alarde de los devaneos de su vida pasada, con el nombramiento de generalismo de la mar que hizo en su hijo natural don Juan de Austria, que habia tenido en la famosa cómica de Madrid María Calderon, conocida por la Calderona. Ya le habia hecho antes prior de San Juan, y valiera mas, como dice un escritor de aquel tiempo, «que le diera el priorato perpetuo de San Lorenzo el Real, y que en aquellas soledades, celdas y peñas, se ignorára su origen y su nombre, por la disonancia grande que hace á la buena opinion de los príncipes (1).» Fué una desgraciada imitacion del emperador Cárlos V. la de poner á este hijo bastardo el mismo nombre y la de comenzar su carrera con el mismo empleo que aquel

(1) Vivanco: Hist. MS. de Felipe IV., lib. XV.

habia puesto y Felipe II. dado al otro don Juan de Austria, como si la identidad de nombre y de empleo fueran bastante para asimilarlos en las virtudes y la grandeza del alma y en las prendas del entendimiento.

El nuevo favorito don Luis de Haro se aplicó con ahinco á buscar por todas partes recursos para continuar con vigor la guerra, especialmente la de Cataluña, y ya hemos indicado como las córtes hacian esfuerzos para votar servicios, á riesgo de que se alteráran los pueblos, que ya no podian mas. Falta hacia todo, porque la Francia, con el afan de lavar la afrenta de Harcourt delante de Lérida, habia enviado al mejor general de aquel reino, al príncipe de Condé, con otros generales de los de Flandes, el cual determinó sitiar nuevamente á Lérida. Aun no estaban enteramente destruidas las líneas de circunvalacion levantadas el año anterior por el de Harcourt, y asi le fué mas fácil al de Condé concluir los trabajos del sitio (mayo, 1647). Pronto fueron abiertas brechas por dos lados, pero el gobernador don Antonio Brito, portugués de mucha capacidad y esperiencia, que defendia la plaza con tres mil veteranos españoles, rechazaba todos los ataques con tal tino, que siempre eran arrojados los franceses dejando multitud de muertos. Cuéntanse mas de seis salidas que ordenó y ejecutó aquel intrépido gefe, causando en todas ellas destrozos tales á los sitiadores, que asombrados estos, desespera-

dos de poder tomar la plaza, y viendo que las enfermedades diezaban al mismo tiempo sus tropas, juntos en consejo de guerra por el príncipe, determinaron abandonar el sitio. El 18 de junio repasó el ejército francés el Segre por un puente de barcas, que deshizo aquella misma noche, y el resto de aquel mes y los dos siguientes los pasó en inacción á causa de los excesivos calores en las inmediaciones de Lérida, teniendo en Borjas el cuartel general, y no haciendo movimiento hasta entrado setiembre.

Fué mucho mas notable esta victoria, por haber sido conseguida sobre el Gran Condé, que venia orlado con los laureles de los triunfos de Rocroy, de Thionville, de Fribourg, de Norlinga, y de Dunkerque: sobre un guerrero de quien dijo un célebre crítico de su nacion, que habia nacido general ⁽¹⁾, y á quien celebró otro sábio francés no menos famoso en una oración fúnebre como al hombre mas consumado en el arte de la guerra en su siglo ⁽²⁾.

Parecía no haber ejército español en aquella frontera, puesto que nadie se movía, ni á socorrer á Brito, ni á aprovecharse de sus heróicas salidas contra el francés. Esplicaremos la causa. Habia sido nombrado general de aquel ejército el marqués de Aytona, oriundo de Cataluña y de la ilustre familia de los Moncadas; por lo mismo iba animado del mas ardiente de-

(1) Voltaire.

(2) Bossuet.

seo de hacer algun servicio notable en el pais de sus mayores; pero encontróse con un ejército menguado é inservible. De ello dió aviso al rey desde Zaragoza; Felipe le mandó avanzar sobre Lérida con la gente que tuviese, poca ó mucha, pero los aragoneses se negaban á marchar en tanto que el rey no hiciera la jornada á aquel reino como los años anteriores. A arreglar estas dificultades y á poner término á aquel estado de inacción, envió Felipe IV. á su valido don Luis de Haro, facultado para otorgar en su nombre largas mercedes á todos los que le sirvieran en esta guerra: mas la primera comunicacion que de éste tuvo, fué la noticia de haber alzado el francés el cerco de Lérida. Al fin reunió el de Aytona mas de quince mil hombres, con los cuales pasó á Lérida, y de alli á buscar á los franceses á las Borjas con ánimo de darles la batalla. Mas habiendo hecho el príncipe de Condé un movimiento sobre Belpuig, de tal manera desconcertó al español que le obligó á retroceder, y le persiguió sin cesar hasta hacerle repasar el Segre é internarse otra vez en Aragon.

Asi se iban pasando años y años sin que las armas reales pudieran arribar á otra cosa en Cataluña, que á sostener con mucho trabajo Tarragona y Lérida. Pero la verdad es que ya en este tiempo se notaba un cambio en la opinion y en el espíritu de los catalanes, mostrándose una gran parte de la provincia tan disgustada de los franceses como antes lo habia estado de

los castellanos. Tiempo hacia que se venia notando este descontento; porque no tardaron los nuevos dominadores en dar con su conducta motivos sobrados, no solo de queja, sino de irritacion y encono á aquellos naturales, ya por los excesos de la soldadesca, ya por las exacciones y tiranías de los oficiales y cabos, ya por las sórdidas grangerías de los asentistas, ya por el poco respeto de los mismos vireyes á sus libertades, leyes y fueros. A consecuencia de una reclamacion que el Principado dirigió al monarca francés quejándose de los agravios que recibia, vino á Cataluña un visitador general, obispo electo y consejero del rey, que se conoce no atendió ni á corregir los desórdenes de los unos, ni á calmar el enojo de los otros. Porque las tragedias fueron en aumento, y en aumento iba tambien el odio con que á los franceses miraban los nacionales, reconociendo, aunque tarde, todos los que no estaban ó muy obcecados ó muy comprometidos, que con separarse de Castilla y entregarse á Francia no habian hecho sino empeorar de condicion, arruinarse el pais, y sufrir tales vejaciones, menosprecios é injurias, que si no habian sido para aguantadas de un rey propio, eran menos para toleradas de un extraño.

Poco antes de la época á que llegamos en nuestra narracion, un ilustre catalan, el vizconde de Rocaberti, conde de Peralada, marqués de Anglasola, escribió un libro titulado: *Presagios fatales del mando*

francés en Cataluña ⁽¹⁾, en la cual se hace una melancólica y horrible pintura de las tropelías de todo género que los franceses cometian en el Principado. No solo menospreciaban y hollaban sus privilegios y leyes, sino que encarcelaban y daban muerte de garrote á los que con teson procuraban defenderlas y conservarlas ⁽²⁾. Ellos se apoderaban de la hacienda de los naturales, y obligaban á muchos á salir de Cataluña para tener pretexto de confiscarles los bienes; cogian el trigo de las eras mismas para las provisiones del ejército; ponian precio á los granos, y cuando los naturales los pagaban á sesenta sueldos la cuartera, los obligaban á venderlos á los franceses á cuarenta ⁽³⁾; y cuando de estas y otras injusticias se quejaban los paisanos, respondian ellos que á Cataluña venian á aprovecharse de la guerra, no á la conservacion del pais. Y hablando de la lascivia de los soldados, dice este ilustre escritor: «En prueba de esto están las ventanas por donde ha sido fuerza echarse las mugeres por escaparse, las iglesias á donde se han habido de retirar, el insolente atrevimiento de pedir á los jurados y bailes de los lugares les diesen mugeres para abusar de ellas, hasta llegar á pedirles

(1) Se dió á la estampa en Zaragoza en 1646.

(2) «Como nos lo enseñan, dice, los garrotes que han dado en diferentes ocasiones, y en particular al doctor Ferrer, doctor de Aucigant, Onofre, Aquiles y otros, y la prision del doctor Gisbert,

Amat, abad de San Pedro de Galligans, diputado eclesiástico del Principado de Cataluña, solo porque con tanto valor se mostraba en defensa de las Constituciones, etc.»

(3) Presagios fatales, cap. IV.